

¿cómo extrañar las minuciosas precauciones, la previsión y la diligencia y el celo que han desplegado en las operaciones militares? Al mismo tiempo, las escenas referidas comprueban una vez más cuán fáciles de satisfacer son las aspiraciones del soldado japonés, reducidas á la vida de la familia y á la veneración y respeto á su emperador. Aunque no en igual grado, todos los pueblos esencialmente agricultores son inmejorable plantel de soldados excelentes.

«EL JAPÓN, CENTRO DEL MUNDO»

Un pueblo que, apenas salido de la ab-



Banderín-insignia del general Daniloff, comandante de la 6.ª división de tiradores de la Siberia Oriental. En el combate de Kudiaza, el banderín, plantado en un campo de kaolián, recibió ocho balazos, y el asta fué atravesada por otra bala. Sostienen el banderín los ordenanzas, Chtchelkun y Basargin, del general

yección de la barbarie, vence y humilla, con elementos propios, á otro de los más poderosos de la tierra, ha de sentir forzosamente el envanecimiento y la embriaguez del triunfo, y no puede menos de entonar ditirambos entusiastas á las glorias que ha conquistado con estupor de todas las naciones civilizadas.

A ese género de composiciones literarias pertenece el estudio que bajo el epígrafe «El Japón, centro del mundo» acaba de publicar en la revista de Tokio *Yidai-shichô* un intelectual japonés llamado *Yamada Chû*, que al parecer se dedica á la propaganda de los grandes ideales. Después de establecer la diferencia existente entre las ideas nacionales y las del extranjero, dice lo siguiente:

«Debemos permitir que las ideas nacio-

nales corran el peligro de ser absorbidas por las cosmopolitas? ¿Debe el Japón confundirse con la masa de los demás pueblos? Cuándo se cumplirá la profecía del *Nichiren*, de nuestro gran filósofo, que dice: «Las ideas más sublimes de todos los países se reunirán en el Japón, y aquí, bajo el influjo de la religión japonesa, surgirá la única y verdadera civilización que pueda el mundo adoptar». Esta es la misión del Japón, á la cual hemos de permanecer eternamente fieles. Todas las demás ideas, que estorben esta fe ó se opongan á esta misión, debemos rechazarlas sin piedad.

»Así como el sol es el centro del cielo, Japón es el centro de la tierra habitada. Todo lo que existe tiene su centro, y es por tanto imposible que no lo tenga también la tierra

habitada. No sé que haya otro país más que el Japón que pueda servir de centro. ¿Inglaterra, tal vez? Ciertamente es que el primer meridiano pasa por Londres, y que el reino es tan grande que no se pone el sol en sus dominios. Pero á nosotros no nos importa la situación territorial, sino la marítima. Inglaterra tiene su asiento en un Océano de segundo orden; el Océano Atlántico sólo sirve de unión entre los pueblos civilizados de Europa. La India, con las cumbres de sus montañas elevadas hasta el cielo y bañadas por las ondas del Océano Indico pudo en otra época alimentar la creencia de reunir bajo su égida á toda la tierra habitada; pero le faltó la fuerza necesaria, y su situación aislada en el interior del antiguo mundo le impidió la realización de tan vasto pen-

samiento. La joven América, rica por sus progresos y gran porvenir, pudo por su situación ser el centro del mundo; pero es demasiado extensa y está fraccionada en territorios demasiado pequeños, para representar dignamente este papel. China está demasiado aglomerada y aun cuando por una parte se apoya en el Océano Pacífico, esta extensión colosal de sus dominios es un obstáculo á la expansión de sus ideas. También es demasiado conservadora y no sería capaz de sostener su posición como centro del mundo.

»Pero este centro en alguna parte ha de estar! ¿Dónde lo encontraremos? Veamos si el Japón, por su situación geográfica, clima y genio de sus habitantes, pudiera ser este centro.

»Por su situación geográfica está colocado entre el Oriente y el Occidente y domina las aguas del primer Océano del mundo, del Grande ó Pacífico, que baña las costas del antiguo y nuevo mundo. Está en el extremo oriental del continente asiático que ha producido los tres mayores sabios del universo: Budha, Confucio y Cristo. Los derroteros de sus mares le unen con América y con el Extremo Occidente. La extensión de su archipiélago por tres zonas produce todas las variedades del clima, todas las materias de los países florecientes que le han valido el sobrenombre de *jardín de la tierra*. A su educación intelectual contribuyeron en los tiempos remotos los indios y los chinos, y, en la época presente, todos los progresos de Occidente. Los tres sagrados símbolos del Japón: el espejo, el sable y la perla simbolizan religión, moral y ciencia. Es por consiguiente el Japón el que debe asumir la misión de reunir á todo el mundo; es el Japón el que está predestinado á ser el centro del mundo, si no lo es ya. No despreciemos nuestro país por su reducida extensión. ¿No es por ventura el sol una pequeña estrella de la vía láctea y constituye, sin embargo, el centro del cielo? Hay en la tierra naciones mucho mayores que el Japón, pero ninguna puede compararse con ella, desde el punto de vista de su situación, cualidades y genio.

»Además, Japón resulta el centro de la civilización universal. Todas las distintas civilizaciones que hoy existen se reunirán algún día en una sola civilización universal, y si con atención se observan sus tendencias, se verá que todas afluyen al Japón. Dedúcese de aquí que el Japón está destinado á formar la misión armónica, otorgando á la humanidad la sola y verdadera civilización.

»La civilización china comenzada hace tres mil años y que tiene por representantes á Confucio, Mencio, Loatse y otros sabios, se encaminó hace 1.800 años al Oriente, deteniéndose en Corea y en el Japón. En China degeneró en formulismo; en el Japón penetró en la vida práctica. La civilización india

produjo un Budha hace 2.900 años. También emigró al Oriente, pasando por China y por Corea, y se detuvo por último en nosotros. Pero mientras el budhismo se convirtió en China en lamaismo y originó en India las supersticiones más groseras, adquirió en el Japón un vigoroso impulso y nueva vida. La civilización europea, que procede de Siria, Persia y Egipto, emprendió hace 5.000 años su curso á Occidente. De Grecia, la cuna de la civilización europea, llegó á Roma, desde allí á Inglaterra. ¿Se detuvo en esta nación? No. Al descubrirse el nuevo mundo, se propagó por América y tampoco allá ha permanecido estacionaria. Hace 50 años que con los buques americanos fué trasplantada á Uruga, no sin producir conflictos que el país supo conjurar.

»Demuéstrase así que en el Japón la civilización de las inteligencias precedió á la material. Los españoles y portugueses trataron hace 300 años de introducir en nuestro país la civilización de Occidente, pero fracasaron. ¿Por qué? Porque no siguieron la ley natural del progreso de la civilización occidental desde Oriente á Occidente. La civilización que nos vino de América, esto es, de Este á Oeste, arraigó completamente. Y la prueba la tenemos en nuestros triunfos de la Mandchuria.

»Es preciso estar ciegos para no percibir una voz del destino en esta marcha de las civilizaciones que sucesivamente han tenido por objetivo el Japón. ¿No está aquí la prueba palmaria de que el Japón es el centro de la historia y que del Japón irradiará la verdadera civilización de lo porvenir? Si por ejemplo tuviera que ser ese centro Inglaterra, ¿por qué no se ha detenido allá la civilización occidental? ¿Por qué ha continuado emigrando y ha llegado hasta el Japón? ¿Por qué la civilización oriental se ha estacionado en el Japón y no ha seguido su curso hacia América? ¡Oh naturaleza, cuán insondables son tus designios! Nosotros que acatamos tus leyes somos tus favoritos. ¡Compatriotas! Penetraos bien de la grandeza de la misión que á nuestro país incumbe como verdadero centro del mundo que es, y aprended bien las palabras de *Nichiren* que es el salvador de la patria, su columna fundamental, su inteligencia luminosa, su guía. Podrá creerse que nosotros los japoneses pretendemos ser los budhas del porvenir, los hijos de Dios, pero en verdad no necesitamos de ningún Budha, ni de ningún Dios. Nuestro Budha, nuestro Dios, es la misma naturaleza, y *Ama-Terasu*, *Yimmu-Tenno*, *Shotoku-Taissi* y *Nichiren* son sus profetas, pues han predicho y asegurado los altos destinos de los hijos de *Yamato*».

Estas fanfarronadas orientales no pueden inspirar más que la burla y el desdén, aunque no faltarán quizá espíritus recelosos que reconozcan en los progresos de la descom-

posición social de los pueblos bañados por el Atlántico, sobrados motivos para la realización, en un porvenir más ó menos remoto, de esos quiméricos sueños de los japoneses á quienes el vaho de gloria ha trastornado las inteligencias.

Z.

RESUMEN DE LA GUERRA

I

Las operaciones en la Mandchuria

Aquella especial manera de guerrear en la Edad media, época en la cual los beligerantes, reflejando el espíritu noble y caballeresco de los tiempos, no se apartaban un ápice de las reglas convencionales, táctica-



Puesto de correos militares, cerca de Kharbin

mente aceptadas y ciegamente observadas, que regían el desarrollo de las campañas é imprimían á las guerras una duración de años y años; comenzó á perder su falsa eficacia en el agitado periodo del gran Federico, y sufrió un golpe mortal cuando el primer Napoleón restableció en toda su pureza los principios del arte de la guerra, debidos al genio de los antiguos capitanes, con las modificaciones impuestas por el nuevo modo de ser de los pueblos y por los adelantos de la ciencia y de la industria.

Desde las memorables guerras de la Revolución y del Imperio, se reconoció por todos que la rapidez en la acción, así en la preparación estratégica como en la solución táctica, y la concentración de fuerzas en el momento y lugar oportunos, eran dos principios fundamentales, olvidados durante

varios siglos, sin los cuales era imposible obtener una victoria pronta y decisiva. Los alemanes ampliaron los métodos napoleónicos, utilizándolos en los dos factores, velocidad y masa, que producían una fuerza viva incontrastable. Rusia, en su campaña contra Turquía, se inspiró en los mismos principios, desvirtuados en parte, sin embargo, por la tradicional imprevisión y ciega confianza en sí mismo de aquel imperio; pero Inglaterra no los tuvo en cuenta ni en Egipto, ni en el Transvaal, y al olvido de ellos debió sus desastres, terminados gracias á los lores Roberts y Kitchener, conocedores ambos de los procedimientos de la guerra moderna.

Conocido el inmenso poderío militar de Rusia y la completa y estudiada preparación del Japón para entrar en campaña, y recordando la radical transformación de los métodos de guerra, creyóse casi unánimemente que el choque entre esos dos imperios quedaría indeleblemente marcado por una sucesión de terribles batallas, que conducirían rápidamente á un éxito decisivo y por consiguiente á la terminación del conflicto. Únicamente los más conocedores del modo de ser de ambos pueblos y de las condiciones topográficas y climatológicas de la Mandchuria, vaticinaron que la guerra ruso-japonesa no podría resolverse con la rapidez de la austro-prusiana ó de la franco-alemana; pero nadie creyó ni pudo creer que se librasen batallas colosales y gigantescas sin que ni uno ni otro ejército alcan-

zara una victoria decisiva y abatiera definitivamente á su adversario.

Fijáronse unos en las dificultades de todos géneros, algunas insuperables, que encontraría Rusia en su camino, y atribuyeron al ejército japonés cualidades que no ha demostrado poseer, y presajaron el triunfo rápido y contundente del Japón; mientras que desconociendo otros el adelanto de este imperio; y teniendo presentes las sobresalientes dotes que adornan al soldado ruso, prescindieron de considerar que el Japón luchaba junto á su casa y Rusia muy lejos de la suya, y no abrigaron dudas acerca de la suerte de la guerra, que evidentemente sería adversa á los nipones.

lace eficaz y duradero. Y los primeros engañados fueron Rusia y el Japón, pese á la encomiada previsión de esta última Potencia.

La guerra ruso-japonesa ha tenido cierto parecido con las guerras de posiciones de otros tiempos; caracterízala la larga preparación de las batallas, la prolongada inacción después de cada una, y los resultados efímeros de todas.

En el primer periodo de la guerra—desde Febrero á Agosto de 1904—justificase la actitud pasiva de los rusos por su falta de fuerzas bastantes para oponerse al enemigo; en este periodo la conducta, en líneas generales, de los moscovitas es digna de elogio



Compañerismo en el combate: un herido vendando la cabeza á su camarada

Todos han sufrido un desencanto, y todos se equivocaron al imaginarse, cada cual á medida de sus simpatías ó de sus conocimientos, una guerra ideal que nada ha tenido de común con la verdadera.

Si la derrota de Zaslitch en el Yalú, fué un primer desencanto para los rusófilos, la inacción de Kuroki en Feng-hueng-cheng, lo fué para los partidarios del Japón; y desde entonces no han sufrido una sola contrariedad los primeros que no haya ido seguida por otra que han experimentado los segundos.

Nadie conocía bien al ejército ruso ni al japonés; nadie se formó juicio exacto de la Mandchuria; y nadie pudo presumir que el Transiberiano fuese un instrumento de en-

y loable la prudencia de que dieron muestras. Como se ha visto después, y apuntamos ya en ocasión oportuna, los japoneses pudieron, en esta primera campaña, obtener un éxito decisivo, arrojando todas sus fuerzas contra las dispersas y muy inferiores en número del enemigo; su pasividad no fué provocada por dificultades del suelo, ni por las lluvias torrenciales, ni por falta de preparación: varias semanas permanecieron los ejércitos de Kuroki, Oku y Nodzu en las posiciones de donde partieron para entablar la batalla de Liao-Yang, dando tiempo á los rusos para fortificarse y recibir refuerzos; y meses enteros se mantuvieron escalonados los cuerpos de ejército de Kuropatkin, frente á las divisiones japonesas que les envol-

vían estratégicamente, pero que no se atrevieron á recoger mediante una batalla los frutos dimanantes de las ventajas de su despliegue.

¿Qué móviles impulsaron á los japoneses á seguir esa conducta, tan opuesta á la resolución y energía desplegadas en los campos de batalla? Las excesivas precauciones con que desarrollaron la guerra, y que les indujeron á fortificar sólidamente cada palmo de terreno que adelantaban; y el error en que incurrieron al juzgar á Rusia. Los espías japoneses que en 1903 reconocieron detenidamente la vía férrea transiberiana, dieron cuenta á su Gobierno del pésimo es-



Calle de Mukden; obsérvese la especial manera de atalajar el mulo á la tartana

tado de la línea y de los defectos de su trazado; contando con la fragilidad de la vía y con lo fácilmente que la destruirían algunas partidas, los directores de la campaña no creyeron que Rusia pudiera poner en el teatro de la guerra más allá de 200 á 300 mil hombres, y dando por lograda en cualquier momento una superioridad numérica avasalladora, no se dieron prisa en batir á los rusos, cuidando ante todo de establecerse sólidamente en el terreno ocupado. Por otra parte, Oyama no quería empeñar una batalla general sino cuando tuviera de su parte todas las probabilidades de ganar una victoria decisiva; y como para esto le era menester el concurso de las tropas de Nogi,

actívose el ataque de Port-Arthur, plaza que los japoneses se empeñaron en conquistar á viva fuerza, teniendo lugar como consecuencia aquellas hecatombes humanas de Julio y Agosto de 1904.

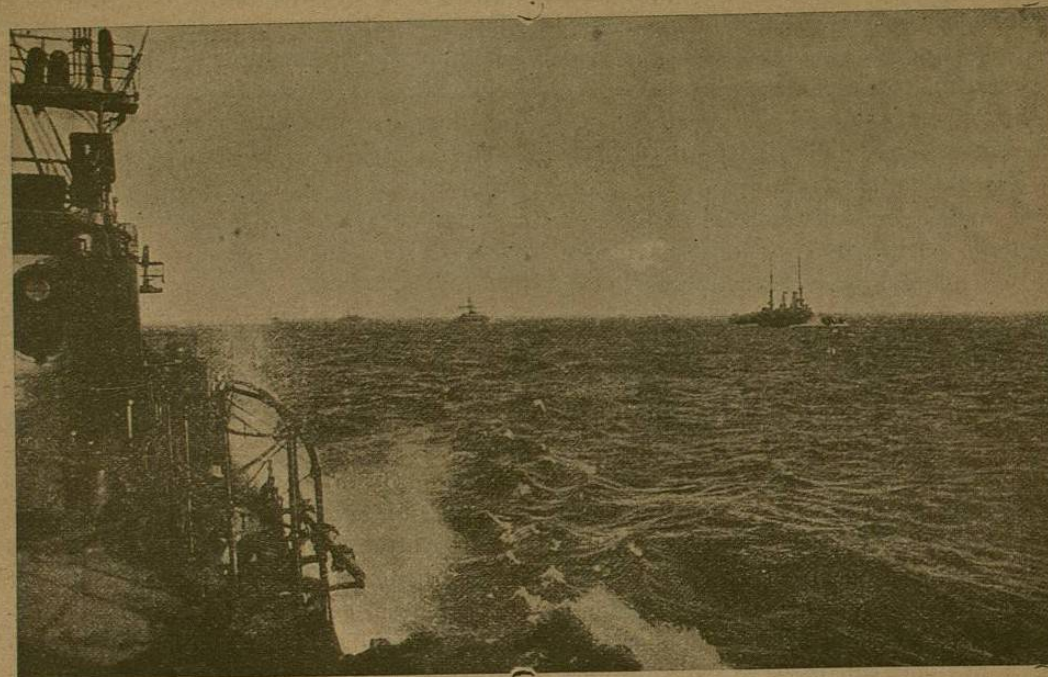
Fracasado el asalto general de Port-Arthur, y adquiriendo el ejército de Kuropatkin un efectivo que comenzó á ser alarmante, apresuróse Oyama y trató de inflingir al enemigo el golpe que no había querido asentarle en los meses anteriores; tuvo lugar la batalla de Liao-Yang, que encierra y resume en sí los caracteres culminantes de todas las posteriores. Para desalojar á los rusos de sus posiciones, los japoneses hu-

bieron de poner en línea hasta el último hombre de sus reservas y agotar la energía física y moral del soldado; de suerte que Oyama adelantó algunos kilómetros al N., pero no pudo emprender una viva persecución y perdió al punto el contacto con el adversario.

Mientras que los japoneses, una vez disparado el tiro inicial de una batalla, no vacilaban en arriesgar la suerte de todo el ejército y ponían todo el peso en la balanza, Kuropatkin procedía de modo inverso, porque, para él, la primera necesidad era conservar sus fuerzas. No cabe dudar del acierto de esta conducta, impuesta por las dificultades de transportar un numeroso ejér-

cito desde Europa á la Mandchuria, siempre que la conservación de las fuerzas obedeciese á la idea de arrojarlas en masa contra el enemigo, cuando se presentase ocasión favorable; porque el ejército se ha hecho para combatir cuando llega el caso, y no para conservarlo sistemáticamente. Pero Kuropatkin, que discurría bien, carecía de los dotes de hombre de acción que debe poseer un buen general en jefe, y el sistema defensivo y de retirada, que en los comienzos de la guerra fué el único posible, concluyó por esterilizar todos los talentos del

to rusos se hallaban en pleno despliegue para el ataque, la línea general del ejército quedó desordenada y rota y expuesta á ser destruida por los japoneses. Pero estos, muy aptos para todo lo que puede obtenerse mediante un estudio detenido y premioso y una preparación lenta y de detalle, demostraron su incapacidad para adoptar resoluciones rápidas y hacerse prontamente cargo de la situación. Si el avance de los rusos fué desunido y sin hilación, confuso y desordenado fué el contra-ataque japonés, proseguido tenazmente por Oku, detenido á



La escuadra japonesa, en línea de fila

generalísimo, abandonando la iniciativa á su rival.

Siempre pensando en el ejército de Nogi, Oyama, después de Liao-Yang, cuidó antes de atrincherarse en sus líneas que de reanudar los combates; y en esta situación es probable que hubieran transcurrido algunos meses; sin la sonada y por largo tiempo inexplicable é inexplicada orden del día del general Kuropatkin, del 2 de Octubre, y el desunido y tibio avance que originó la batalla del Sha. Los éxitos obtenidos por la izquierda rusa fueron tan efímeros como efímera fué la determinación del generalísimo de asumir la ofensiva; apenas iniciado el avance se dió la orden de retirada, y emprendida esta cuando los cuerpos de ejér-

tiempo por Kuroki, y presenciado impasiblemente por Oyama, quien no supo aprovechar las inmensas ventajas que le ofrecía el descosido orden de batalla de los rusos. El combate del monte Putiloff, donde el soldado moscovita demostró que era tan apto para la ofensiva como para la defensiva, puso término á una batalla que pasará á la historia como modelo de pésima dirección en uno y otro bando.

La batalla de San-de-pu cogió tan desprevenidos á los japoneses como meses antes la del Sha. Gripenberg se reveló el mejor caudillo de las tropas rusas, pero hubo de ceder, más que ante el número, ante el abandono en que le dejó el general Kuropatkin, siempre temeroso de ver destrozado

á su ejército. Las demostraciones de Oyama ante la izquierda rusa, y los débiles efectivos que sin la protección de fuertes atrincheramientos dejó en su propia ala izquierda—con el propósito de engañar á Kuropatkin y ya en previsión de lo que después fué batalla de Mukden—pudieron costarle caros, porque para hacer frente á la acometida de Gripenberg hubo de desguarnecer su centro y dejar sin enlace á las dos alas.

En San-de-pu tuvo su origen lo acontecido en Mukden. La facilidad encontrada por los rusos en su avance por las llanuras que hay entre el Liao y el Sha y lo descubierto y llano de esta zona, dieron lugar á que Kuropatkin creyese libre de todo riesgo á su derecha y concentrase enteramente su atención en la izquierda. El concurso inesperado del ejército de Kavamura, confirmó á Kuropatkin en su funesta creencia, y el mal empleo de la división Michtchenko no permitió descubrir á tiempo el movimiento envolvente de Nogi y Oku. A pesar de esto, del 6 al 8 de Marzo los rusos tuvieron virtualmente ganada la batalla, y si Kuropatkin hubiese tenido la mitad siquiera de la audacia y energía de su rival, en Mukden habria desaparecido más de la mitad del ejército japonés. Pero, lo mismo que en Liao-Yang, en el Sha y en San-de-pu, Kuropatkin se creyó derrotado antes de serlo, y más que de la victoria se preocupó de la conservación de sus tropas. Emprendida la retirada en aquellos momentos mismos en que Linevitch acababa de expedir al I ejército la orden de ataque general, y dispuesta contra el parecer de Linevitch y de sus tenientes, todos los cuales no quisieron secundarla sin que se les diese la orden por escrito, resultaron ¿cómo no? victoriosos los extenuados y quebrantados japoneses.

Igualmente destrozados los dos beligerantes en Mukden, impusóse una larga labor de reconstitución, y las operaciones entraron en nuevo periodo de calma. No es posible juzgar con acierto á Linevitch ni formular juicio acerca de los planes que abrigaba; lo probable es que quisiera reñir una batalla defensiva terminándola por un contra-ataque general. En cuanto á Oyama, sábese positivamente que no había adoptado ninguna de las medidas que siempre preceden á una batalla formal, y es de suponer que la situación en que quedaron los dos ejércitos en Marzo se hubiese prolongado

hasta Octubre. Pero el poco acierto del generalísimo japonés en colocar á sus tropas á cubierto de un rápido é inesperado ataque, poco acierto que se hizo patente en el Sha y en San-de-pu, se reflejó también en el último periodo de la campaña; porque cuando la algará del general Michtchenko á Sin-min-tun, en Mayo último, la caballería rusa llegó sin sospecharlo á menos de dos kilómetros del Cuartel general del general Nogi, donde se encontraba éste con todo su Estado Mayor y los agregados militares y los corresponsales extranjeros, defendido solo por dos compañías—que rompieron el fuego—y algunos escuadrones; los rusos continuaron su camino, sin presumir que dejaban atrás presa tan valiosa y no pudiendo imaginar que se llegara con tanta facilidad al Cuartel general de la izquierda japonesa, ni que las tropas de ésta estuviesen diseminadas, sin apenas núcleos de resistencia.

**

En resumen, juzgando á grandes rasgos y prescindiendo de detalles y sucesos que se apartan de la línea general, sin desvirtuarla, el general Kuropatkin condujo las operaciones estratégicas con mayor maestría que Oyama, pero no supo dirigir las batallas ni tuvo el temple de alma necesario para afrontar hasta el fin las situaciones más difíciles. Los planes desarrollados por los japoneses denotan á las claras un minucioso estudio realizado con muchísima anterioridad á su ejecución, y resultaron por consiguiente poco eficaces para lograr el fin perseguido; pero en la batalla, generales y soldados cerraron los ojos y se lanzaron al ataque sin reparar en las consecuencias. Buen estratega y mal táctico, Kuropatkin perdió las batallas, pero si fué vencido no fué derrotado; deplorables estrategias y guerreros excelentes, los japoneses ganaron las batallas, pero no supieron ganar la guerra, presenciando siempre cómo el enemigo se retiraba burlando á sus vencedores.

No fueron únicamente sin embargo, Kuropatkin y Oyama y sus respectivos ejércitos quienes dieron á la guerra el carácter que ha tenido; mediaron además otras personas y otros sucesos, como veremos en artículos siguientes.

JUAN AVILÉS

Comandante de Ingenieros

Imp. CASTILLO.

6 Octubre 1905

La Guerra Ruso Japonesa

SUMARIO: El general Kondratenko, por F. Stepanoff.—En memoria de R. I. Kondratenko, por P. V.—Anécdotas del sitio de Port-Arthur.—Resumen de la guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.



General Kondratenko

EL GENERAL KONDRAŦENKÓ

La figura del general Kondratenko, se agiganta á medida que transcurre el tiempo.

El relieve que adquirió en Port-Arthur me mueve á dedicar unas líneas al general, á quien conocí en Marzo del año pasado.